6447 M.C.B./21 mayo 61.

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA ARTISTA.

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN PROSA.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR N, 9.
1861.

2224

L47 - 5225

CATALOGO

de las obras Dramáticas y Líricas de la Galeria

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A fuita de pan...

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barometro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cantzares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Cómo se empeña un marido!
Con razon y sin razon.
Como se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carniolj.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El Niño perdido.
El querer y el rascar....
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero (enda).
¡Es un a...
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El Licenciado Vidriera.
¡En crisis!!!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes.
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lagrimas.

Instintos de Marcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los Amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.

La hija del rey René
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los Amantes de Teruel.
La verdad en el Espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bravo.
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Caridad.
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La Cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (alegoria)
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres.
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
La peor cuña.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento...

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.
Marta y Maria.

LA ARTISTA.

LA ARTISTA.

ZARZUELA ORIGINAL EN UN ACTO.

LETRA DE

DON ALEJANDRO RINCHAN.

MÚSICA DE

DON JUAN MOLLBERG.

Representada en el teatro del Circo en Marzo de 1861.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1861.

PERSONAS.	ACTORES.
ADELA.....	Sta. Ibarra.
DOÑA DOROTEA.....	Custodio.
MATILDE.....	Bernal.
NARCISO, bajo el título de Vizconde las Puas.....	Sr. Fernandez (D. Eugenio).
AGUSTIN.....	Cruz.

La accion en Toledo, en nuestros dias.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y con arreglo á la ley de propiedad literaria nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante convenios internacionales.

Los comisionados de D. Alonso Gullon, editor de la coleccion de obras dramáticas y líricas titulada El Teatro, *son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.*

Queda hecho el depósito que exige la ley.

ACTO UNICO.

Sala de gusto con puerta al foro y dos laterales. Consolas con espejos y mueblaje del dia. En medio de la escena un velador con servicio de café, tres vasos y un frasco de agua. Á la derecha, en el proscenio, un sillon y una arpa. Á la izquierda una mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA DOROTEA, MATILDE y luego AGUSTIN. Aparecen Doña Dorotea tomando café y Matilde preludiando en el arpa.

CANTO.

MAT. La ausencia es un tormento
que roba al corazon
su dicha, su contento,
su mágica ilusion.
¡Ay del alma
que en la duda
de la muda
soledad,
pasa noches
y mañanas
y semanas
de ansiedad!

HABLADO.

DOR. ¿Cuántas veces se te ha de decir que no me gustan tus lamentaciones? Ó cállate, ó canta algo bonito.

MAT. ¡Pero mamá! ¿qué tiene esta romanza?

DOR. ¡Eh... quita allá!... ¡Una horrible salmodia que dá gana de llorar! ¿Para eso te hemos tenido cinco años en el Conservatorio y costeado maestro en casa? ¿Para eso te mando traer cuanto nuevo se publica en Madrid? ¿Por qué no escoges alguna de esas deliciosas melodías de zarzuela? Por ejemplo: (Tararea.)

Já, já, chúpate ese huevo.

MAT. Porque no se adaptan al estado de mi alma.

DOR. ¡Al estado de mi alma! ¡Miren ustedes la niña desgraciada! Jóven, rica, bonita y con un novio noble, galan y que la adora.

MAT. Pero que no me gusta.

DOR. ¿Y por qué?

MAT. Porque... porque no me gusta.

DOR. Pues se casará usted con él mañana mismo. (Se levantan.)

MAT. ¡Mamá! ¿Quiere usted hacerme infeliz?

DOR. ¡Tá, tá, tá! ¿Volvemos á las andadas?

MAT. No comprendo el empeño de usted en unirme para siempre á un hombre que apenas conocemos y que ni aun sabemos si es lo que aparenta.

DOR. ¿Pues no lo dicen bien claro sus modales distinguidos, su lenguaje escogido, casi poético?

MAT. Sus contorsiones ridículas, su oratoria lacayesca.

DOR. ¡Qué denuestos! ¡qué improperios! ¿Cómo te atreves á decir tales incongruencias de un sabio, de un Mirabeau? (1) Si no me hiciera cargo...

AGUST. (Anunciando.) El señor vizconde de las Puas.

DOR. Que pase. (Á Matilde.) Vaya usted corriendo á aliñarse para recibirle dignamente. (Váse Matilde por la puerta derecha.)

---

(1) Como suena.

ESCENA II.

DOROTEA y NARCISO.

NARC. Vengo, señora, en alas de mi impaciencia, (á falta de otro carruaje) á rendir el debido tributo... del homenaje... de la mas perfecta consideracion á la bella castellana de este eden, á la amable sultana de esta mansion.

DOR. Crea usted, caballero, que se le esperaba con igual afan; pues habituada á las ténues atenciones y superiores agasajos de que se complace usted en circunvalarme, siglos me parecen los minutos que paso en el ostracismo de su presencia.

NARC. Señora, me glorifica una distincion tan timbrada; y puede usted existir ciertísima de que corresponderé á ella, enclavando mi residencia á su orilla en sociedad de su idolatrable vástaga.

DOR. ¡Oh, júbilo! ¿Y cuándo acuerda usted celebrar la coyunda apetecida?

NARC. Aun tardarán en arribar mis equipajes y servidumbre.

DOR. ¡Eh! No es imprescindible...

NARC. Pero sí el archivero que debe traerme los títulos de nobleza; porque habiéndolos heredado posteriormente á mi aparicion en el orbe, no consta en mi partida bautismal...

DOR. Con esa es suficiente: y no hay que desperdiciar la coyuntura. Ahora está la niña propicia... y como dice el proverbio. «A la ocasion pintan calva.»

NARC. Pues yo le pondré una peluca.

DOR. ¿Cómo?

NARC. Es una metamorfosis; una figura retórica. Quise decir, que yo sabré consolidar la atencion y cariño de Matildita.

DOR. No le será á usted espinoso, porque es un ángel.

NARC. ¡Oh! sí: todo es en ella angelical. Rostro de ángel, talle de ángel, ademan de ángel...—¿Y dónde está?

DOR. Se está ordenando la cabellera.

NARC. ¡Cabello de ángel!

DOR. ¿Apetece usted un poco?

NARC. ¡Oh! Seria lástima desmembrar...

DOR. Si tengo mas de cuarenta tarros.

NARC. ¡Cuarenta tarros! ¡Ah! ya caigo. (No me vendria mal.) Mil gracias, señora.

DOR. Vamos, vamos al *bufet*. Allí concertaremos...

NARC. Estoy al mandamiento de usted. (Vánse por la puerta izquierda.)

ESCENA III.

MATILDE, y luego ADELA.

MAT. Se han marchado: me alegro. Me empalagaba la conversacion de ese ente almivarado. Y mi madre está chocha con él... será capaz de sacrificarme... Y Eduardo que no parece... ¡Padre mio!

ADELA. (Fuera.) ¿Está en casa?... Nada, nada: yo misma me anunciaré.

MAT. Esa voz... (Saliéndole al encuentro.) ¡Adela!

ADELA. ¡Matilde mia! (Se abrazan.)

MAT. ¿Tú en Toledo?

ADELA. Sí: he aprovechado esta época de vacaciones teatrales, para venir á pasar unos dias con mi buena tia, que ha querido establecerse aquí por no perder de vista á su hijo Carlos. ¿Ya sabrás que ha ingresado en el colegio militar?

MAT. Sí, Eduardo me lo escribió.

ADELA. ¡Ah! ya. ¿Estais en correspondencia? ¿Con que siguen vuestras relaciones? Me alegro: con eso seremos primas.

MAT. ¡Ay!

ADELA. ¿Qué tienes? ¡Tú estás triste! Ya comprendo. ¿No te agrada la vida provincial, eh? ¿Y cuándo volveis á Madrid?

MAT. No lo sé. En cuanto murió mi buen padre, mamá traspasó la confiteria con todo el ajuar, y vinimos á esta, de donde no parece dispuesta á moverse.

ADELA. ¡Lástima! ¡Qué buenos ratos hemos pasado en tu casa á la salida de clase; y qué atracones de dulces me daba yo! ¡Ya no podremos hacer lo mismo!

MAT. Y no es eso lo peor, sino que mamá se ha encaprichado de un farsante que, no sé bajo qué pretexto, se nos presentó hará unos quince dias, titulándose vizconde de las Puas; y está empeñada en que me case mañana mis-

mo con él.

ADELA. ¿Qué escucho? ¿Pero tú?...

MAT. (Llorando.) ¿Qué he de hacer?

ADELA. ¡Caramba! Eso no lo consiento yo.

MAT. ¿Qué pretendes?

ADELA. Ya lo verás. No en vano soy artista. ¿Tienes recado de escribir?

MAT. En esa mesa.

ADELA. (Sentándose á escribir.) Llama á un criado de confianza. (Sale Matilde.) ¡Pues no faltaba otra cosa! Y que se quedara mi querido Eduardo tocando tabletas! Poco á poco con eso. (Vuelve Matilde con Agustin, á quien Adela entrega la carta que acaba de escribir, diciéndole) Lleve usted esta carta adonde indican las señas, y tráigame volando la contestacion.—¡Ah! espere usted un poco.—Desígname un cuarto, Matilde.

MAT. El mio. (Señalando á la derecha.)

ADELA. ¿Tiene puerta de escape?

MAT. Sí.

ADELA. (Al criado.) Pues entra usted por ella y que nadie se entere de mi presencia en la casa. (Váse el criado.)

MAT. ¿Pero cuál es tu intento?

ADELA. Ello dirá. Entre tanto si tienes alguna entrevista con tu pretendiente, infórmale de tus amores con Eduardo.

MAT. Pienso que no tardará en presentarse la ocasion, porque está por ahí dentro con mamá.

ADELA. Pues yo me oculto: no quiero que me vean.

MAT. Dime antes qué es de tu vida. He sabido con placer tus triunfos artísticos. Debes ser muy feliz.

ADELA. Pse... De todo tiene la viña del Señor.

MAT. ¿Y tendrás muchos adoradores?

ADELA. Asi asi.

MAT. ¿Y alguno preferido por supuesto?

ADELA. Eso no. Cupido y Minerva simpatizan poco, y yo doy la preferencia á esta. Ademas que, si es cierto lo que me dicen todos, seria una crueldad causar la desesperacion de tantos por hacer la felicidad de uno solo.

MAT. No comprendo que se pueda vivir sin cariño.

ADELA. Si les quiero á todos entrañablemente.

MAT. ¿Cómo puede ser eso?

ADELA. Atiende.

CANTO.

ADELA.

Cuando á la faz del púb lico
lanzada de improviso,
débil acento trémulo
salió del pecho mio,
la recepcion benévola
que el público me hizo,
al corazon exánime
la calma devolvió.

—

Me turbo y me anima,
me aplaude, me alienta,
ensalza, comenta
mi genio precoz;
desecho temores,
y al verme alhagada,
querida, mimada,
recobro la voz.

—

Redóblase el estímulo
y crece mi entusiasmo,
y de fruicion magnética
mi alma se inundó.

—

Desde entonces yo prefiero
este dulce galardon,
al infante trapacero
que aprisiona el corazon.

—

Y pues todos me festejan
y me adoran á la par,
como debo amor á todos
no me puedo enamorar.

—

Si á uno doy la preferencia,
todos van á enloquecer:
ese cargo de conciencia
no lo quiero yo tener.

HABLADO.

MAT. Creo que alguien se acerca.

ADELA. Pues hasta luego, y no olvides mi advertencia. (Váse por la derecha. Vá anocheciendo.)

ESCENA IV.

MATILDE y luego NARCISO.

MAT. No puedo adivinar cuál será el plan de Adela; pero su amistad é ingenio me inspiran confianza. ¡Quiera Dios que no sea vana ilusion!

NARC. (Dentro.) Muy bien, señora. No se apresure usted. Descenderé entre tanto á su florido pensil á disfrutar de los vespertinos albores del crepúsculo de la tarde.— ¡Oh, que estaba aquí la pulquérrima Matilde! No me extraña que la lámpara del dia se esconda avergonzada cuando aparece la antorcha de la hermosura.

MAT. He dicho á usted ya, caballero, que no me gustan esos cumplidos exagerados.

NARC. ¿Exagerados? ¿Cabe acaso en la humana elocuencia exagerar la nitidez de la leche, la sutileza de una telaraña, la fragancia del agua de Colonia? ¿Exagerar yo, que antipatizo con todo lo que extralimita las fronteras de lo discrecional? ¿Yo, que tanto he trabajado para desterrar las cocas?

MAT. Já, já, já... ¿Tambien se ocupa usted?...

NARC. Por aficion á las bellas artes.

MAT. ¿Bellas artes? ¿Acaso la peluqueria?...

NARC. Debiera ingresar en la academia: porque siendo su mision adornar la parte mas noble del indivíduo, cual es la cabeza, es por lo menos tan digna de veneracion como la pintura y la escultura, que no hacen mas que copiar lo que aquella creó.

MAT. ¡Vaya una ocurrencia!

NARC. Puede usted convencerse al punto de la certeza de mi aseveracion y de la eminente importancia del arte susodicho. Mírese usted al espejo.

MAT. Pues qué, ¿estoy fea?

NARC. Dios me preserve de proferir semejante antítesis. Eso

seria imposible: (Saca un peine del bolsillo, y ejecuta lo que dice.) pero soltando al desgaire estos rizos de abajo, y recogiendo los superiores, se obtiene una perfecta espiral Salomónica que en ambos lados del óvalo facial forman un cortinaje artístico. ¿Qué tal?

MAT. Veo que es usted inteligente. ¡Calla, y gasta peine!

NARC. (¡Ay! Ya pareció el idem.) Pse... Por aficion á las bellas artes.—Y no es tan solo artística la importancia de la peluqueria, que la tiene tambien y muy grande como medida de precaucion individual. ¡Cuántas lamentables desgracias y horripilantes catástrofes ha ocasionado su ignorancia!

MAT. ¡Já, já, já!

NARC. ¿Se rie usted? Pues es indubitable que, si en vez de llevar la cabellera flotante, Absalon hubiese cuidado de recogérsela, no hubiera quedado, como un melon de cuelga, suspenso de la rama de un árbol y muerto atravesado de una lanzada.

MAT. Já, já, já. ¡Es usted ingenioso!

NARC. Me llena de satisfaccion ese elogio en boca de mi prometida.

MAT. ¿Prometida? ¿Por quién?

NARC. Su respetable progenitora me ha dicho...

MAT. Creo que no querrá usted abusar de su ascendiente sobre mamá.

NARC. ¿Pero usted?...

MAT. Yo... tengo ya entregado mi corazon hace tiempo.

NARC. ¿Á quién?

MAT. Á don Eduardo Ramirez de Vargas.

NARC. ¡Bah! ¡Algun babeo de la infancia! Eso se olvidará pronto.

MAT. Nunca.

NARC. Muy pronto. Tan convicto estoy de ello, que no contramarcho en el proyecto de nuestro himeneo.

MAT. Pues yo le prevengo de que tengo tomadas mis precauciones por si pretende usted obligarme...

NARC. ¡Pero Matildita! Es posible que no quiera usted apiadarse del estado de combustion espontánea en que ha sumido mi fosforescente corazon?

MAT. Yo no tengo la culpa, amigo.

NARC. ¡Ay!! (Tararea) *Solo amigo me nombras, ingrata...*

MAT. Continúe usted, que lo hace á las mil maravillas.

NARC. ¿Le gusta á usted mi voz?
MAT. Mucho.
NARC. ¿Y no podré esperar que sus flamígeros acentos volcanicen en mi favor ese acarambanado pecho?
MAT. Amigo, tarde piace.
NARC. ¡Oh! Usted mudará...
MAT. Lo dicho. (Váse por la puerta derecha.)

ESCENA V.

NARCISO.

¡Pues estamos adelantados despues de quince dias de afanes, tras de tantos prodigios de elocuencia! ¡Perderla! ¡Perderla cuando tenia ya á la madre mas blanda que la bergamota en Agosto!—¡Peliaguda es mi situacion!—Estoy... que se me puede ahogar con un cabello. ¿Pero qué ha habido aquí para que la niña se haya atrevido de pronto á sacar los piés de las alforjas? ¡Ella! que parecia tan tímida, tan sumisa... ¿Quién ha encrespado su carácter? ¿Y dejaré escaparse de mis manos una proporcion tan bonita? ¡Oh! no: yo sabré desenredar uno á uno los pelos de esta maraña, y con la proteccion de la mamá...—Con todo, no será malo buscar los medios de humanizar á la hija.—¡Amigo!! ¡Dos veces me ha llamado amigo á secas! Y eso que mi contestacion filarmónica á la primera pareció conmoverla. Creo que mi voz le hace efecto. Probemos.—¡Ah!· aqui hay una arpa... Pero es el caso que no sé tocarla... Si fuese una guitarra...—¡Aleluya! Ya tengo con qué acompañarme. (Quita de encima del tocador el servicio de café, y deja los tres vasos que graduará con agua, tocando en ellos con una cucharilla ú otro objeto.) Un poco mas de agua en este.—¡Ah, já!—¡Ah! (Saca el peine y lo envuelve en un papel.) ¡Orquesta completa!

CANTO.

[1] Solo amigo me nombras, ingrata,

---

1 Canta con mil contorsiones esta vetusta copla, acompañándose con los vasos y peine.

y no ves que me abraso de amor:
antes libre mi pecho gozaba
y ahora triste sucumbe al dolor.
Á tu vista se agostan las flores,
pierde el prado su aroma y verdor
y las aves trinando te dicen
tu presencia nos mata de amor.

HABLADO.

Pues digo que si mi serenata no le ha llegado al alma... Pero ¡oh dicha! Ella creo que se acerca.

ESCENA VI.

NARCISO y ADELA, vestida de cadete.

NARC. (Adelantándose con los brazos abiertos.) ¡Matilde mia!
ADELA. (Dándole un empujon.) ¡Eh! poco á poco, caballero.
NARC. ¿Qué veo? Si la oscuridad no me engaña, es un militar.
ADELA. Cabalito.
NARC. (¡Y sale del cuarto de mi novia!) ¿Podré saber, caballerito, qué hacia usted en el cuarto de doña Matilde Rosado?
ADELA. ¿Y se servirá usted decirme con qué derecho me interroga?
NARC. Derecho tengo. Esa señorita es mi futura cónyuge.
ADELA. Sí, estoy enterado. Pero es preciso que renuncie usted á ese proyecto.
NARC. ¿Y por qué, señor mio?
ADELA. Porque es un plan descabellado.
NARC. ¿Descabellado? Pues de mi cuenta corre poner remedio. ¿Quién repara en pelillos?
ADELA. ¿Cómo?...
NARC. Nada, nada. Yo le juro que mañana mismo el sacrosanto vínculo...
ADELA. No será, ¡voto á mil demonios! Matilde tiene otro amante.
NARC. Ya lo sé.
ADELA. Á quien prefiere.
NARC. Me lo ha dicho.

ADELA. Y con él se casará, ¡votò al infierno!
NARC. ¿De veras? (Con ironia.)
ADELA. Lo juro á fé de Cárlos.
NARC. ¡Cárlos! ¡Pues entonces ya son dos! Miren la mosquita muerta.
ADELA. ¡Cómo dos!
NARC. Á usted tambien se la pegan, amiguito. ¿Creia usted ser el único dueño...
ADELA. ¡Eh! yo no soy su novio.
NARC. No es usted su... ¡Ah!!! Ya me parecia á mí mucha intimidad para un novio la de... (Señala el cuarto.)
ADELA. Señor mio, no tolero ni la menor sombra de sospecha respecto á Matilde.
NARC. Pues entonces, ¿qué interés?... Si no es usted su novio ni su...
ADELA. Soy su hermano.
NARC. (Adelantándose con los brazos abiertos.) ¡Querido cuñado!
ADELA. Aparte usted. (¡Vaya un furor de abrazar!) No soy hermano de Matilde, sino de su amante don Eduardo Ramirez de Vargas.
NARC. ¡Ah!
ADELA. Y he venido para impedir que pudiese usted violentar su voluntad.
NARC. Pues podia usted haberse ahorrado el viaje. La cosa está concertada con la mamá.
ADELA. Ya sé que tiene usted embaucada á esa buena señora.
NARC. ¡Caballerito! Repare usted que habla con el vizconde de las Puas, descendiente de los Esquilaches; y un noble no debe consentir...
ADELA. Un noble no debe consentir que una pobre jóven sea desgraciada por su causa. Apelo á sus sentimientos de hidalguia. Matilde y mi hermano se aman casi desde la infancia.
NARC. Pues por lo mismo: ya es tiempo de que concluya ese cariño.
ADELA. ¿Con que no cede usted?
NARC. Nones.
ADELA. Me dará usted satisfaccion.
NARC. Si yo estoy muy satisfecho. ¿No me ha oido usted cantar cuando vino?
ADELA. Pues ahora cantará usted la palinodia.
NARC. No la sé.

ADELA. Yo se la enseñaré. ¡Suplantar á mi hermano!... ¡Mil rayos! Por él soy capaz de pegar una cuchillada al lucero del alba. (De un puñetazo tira los vasos de encima del velador, á tiempo que la orquesta dá un acorde.)

CANTO.

ADELA. Quien le ofende me vulnera,
y en batalla singular
al osado que lo intente
yo prometo castigar.

—

NARC. (Humos tiene el rapazuelo,
pero puños tengo yo;
y si insiste, con un trompis
le daré satisfaccion.)

—

ADELA. Enlaza nuestras almas
santa amistad fraterna;
veló mi infancia tierna,
yo velo por su amor.
Celoso de su dicha
más que de mi contento,
ni un átomo consiento
en mengua de su honor.

—

Venturoso,
respetado,
sin cuidado
ni pesar,
verle quiero
placentero
por la vida
resbalar.

—

NARC. Pues que viva dichoso y alegre
ese hermano que tanto pondera:
no me importa que viva ó que muera,
ni agraviarle pretendo en su honor.
Mas me importa mi propia ventura,

porque tengo mi alma en mi almario.
¡Yo no cedo á Matilde, canario!
Es mi amor, es mi amor, es mi amor.

—

ADELA. ¡Pues entonces, á la calle,
que nos vamos á batir!

NARC. No hace falta, que aquí mismo
se ventila... (Avanzando con el puño levantado.)

ADELA. (Presentándole la punta de la espada.)
¡Alto ahí!
Es propio tal combate,
no mas, de la canalla.
Al pie de la muralla
veremos su valor.

—

NARC. Veremos: corro en busca
de mi tajante acero,
que no me importa un cero
su bélico furor.

—

ADELA.

Volemos impávidos,
la muerte nos llama:
henchido de cólera
mi pecho se inflama.
Que corra en la liza
la sangre á torrentes,
é infunda á las gentes
espanto y horror.

NARCISO.

Volemos impávidos,
(urdamos la trama:)
¡estallo de cólera!
¡soplarme la dama!
(¡Incauto! en la liza
vencerme no cuentes:
irás entre agentes
á dura prision.) (Váse.)

ESCENA VII.

ADELA, MATILDE y luego DOÑA DOROTEA.

HABLADO.

ADELA. ¡Já, já, já!

MAT. (Saliendo por la puerta de la derecha con luz.) ¿Qué sucede? Os he oido disputar y temí un serio compromiso para tí.

ADELA. ¡Já, já, já! ¿Qué ha de suceder? Que tu flamante Amadís corre en busca de su tajante acero para disputar-

me tu posesion.

MAT. Pero volverá...

ADELA. Ya tiene para rato mientras vá á esperarme al pie de la muralla. Aprovechemos este tiempo para desimpresionar á tu mamá.

DOR. (Dentro.) ¡Matilde!

ADELA. Entretenla en tanto que me preparo. (Váse por la puerta de la derecha.)

ESCENA VIII.

MATILDE y DOÑA DOROTEA.

DOR. (Saliendo por la puerta de la izquierda.) ¡Matilde!

MAT. Aqui estoy, mamá.

DOR. ¿Estás ya aviada?

MAT. Si, mamá.

DOR. Pues vamos; bajemos al jardin, que el vizconde estará ya impaciente.

MAT. Si acaba de salir en este instante.

DOR. ¡Hola! ¿Habeis tenido conferencia?

MAT. Si, mamá. Y me ha dado música. ¿Sabe usted que me vá pareciendo muy amable?

DOR. ¿No te lo dije yo? Es un sujeto muy instruido y muy complaciente.

MAT. Y muy mañoso. Mire usted qué bien me ha arreglado los rizos.

DOR. ¿Él? Está visto: ese hombre entiende de todo, es un pozo de ciencia.

MAT. Me ha hablado de Salomon y de Absalon... y de los académicos... y de los melones de cuelga... y de la combustion espontánea... y qué sé yo de cuántas otras cosas.

DOR. ¿Lo ves, tontuela? Vas á ser muy dichosa con él.

MAT. Si, pero es tan seductor, que temo que me dará muchos malos ratos.

DOR. ¿Celos ahora? Desecha ese temor, hija mia. Los hombres de talento suelen tener la imaginacion tan ocupada, que apenas les queda tiempo para amar una vez en su vida.

MAT. Pues yo quiero ser amada muchas veces.

DOR. ¿Cómo muchas veces?

MAT. Claro está. Todos los dias, y...

DOR. ¿Y quién duda que lo serás? Lo que quise decirte es que cuando un hombre tan distinguidamente superior como el señor vizconde ha fijado ya su eleccion, entrega entero su corazon á su costilla, y no vuelve á ocuparse de las nímias futilidades de vulgares entretenimientos de bagatela.

MAT. Eso me tranquiliza un poco.

DOR. Vamos, vamos á buscarle.

MAT. Pero me ocurre una idea, mamá. Si tan engolfado está en sus sérias meditaciones, tampoco tendrá tiempo de ocuparse de su mujer.

DOR. ¡Picarilla! Demasiado sabrás tú distraerle de ellas.

MAT. No, no hay cuidado.

DOR. ¿Qué dices?

MAT. Que temeria que por mi causa se malograse alguna de las sublimes concepciones que son de esperar de tan profundo pensador.

DOR. Eso es hablar con juicio, y veo con deleitable sensacion que te vas remontando á la vaporosa esfera del genio, que se ha dignado fijar en tí sus inescrutables y rutilantes ojos. Bien, niña, bien: eres digna de él.

MAT. No merezco ese elogio.

DOR. Te aseguro que sí. ¿Si sabré yo lo que me digo? Y si no ahora mismo lo vas á oir de su propia boca. Vamos, vamos sin demora.

ESCENA IX.

DICHAS, ADELA, disfrazada de señora anciana, y AGUSTIN, que vienen por el foro derecha.

ADELA. (A Agustin.) (Cuidado con olvidar...)

AGUST. (Estoy enterado.) (A Dorotea.) Esta señora desea hablar con usted. (Váse.)

ADELA. ¿Es la señora doña Dorotea, viuda de Rosado, á quien tengo el honor de dirigirme?

DOR. La misma soy, para lo que guste mandarme.

ADELA. Permita usted que me serene un poco antes de continuar, porque la sola idea del paso que vengo á dar me turba en términos, que siento todos mis nervios sobreexcitados.

DOR. Niña, acerca una silla.

MAT. (Despues de traer la silla.) Con permiso de esta señora, me retiro, mamá.

ADELA. No estorba usted, señorita: antes al contrario, deseo que oiga lo que tengo que decir á su mamá, porque es usted tambien interesada en este asunto.

DOR. ¿Mi hija?

ADELA. Sí, señora. Se trata del señor Vizconde de las Puas.

MAT. ¿De mi novio?

ADELA. Del mio. (Con acento airado.)

DOR. ¿Qué escucho?

MAT. Bien temia yo...

DOR. Es imposible.

ADELA. Permita usted, señora, que doña Epifania Verdolaga y Quintanilla no acostumbra á faltar á la verdad.

DOR. Pero, señora...

ADELA. Aquí, donde usted me vé, he recibido muy buenos principios.

DOR. ¿Quién dice lo contrario?

ADELA. Y si mi padre no se hubiera malogrado en la flor de su vida...

DOR. Pero ¿á qué viene?...

ADELA. ¡Ay! Murió el desgraciado en el sitio de Zaragoza, á la edad de sesenta y tres años, siendo ya alférez de los reales ejércitos.

DOR. Dios le tenga en su gloria.

ADELA. Pero no crea usted que quedé abandonada por eso. Me recogió un primo hermano, que es el jefe principal de uno de los establecimientos mas interesantes del Estado, y con él he vivido en el mayor recogimiento, sí, señora, en el archivo de Simancas.

DOR. (¿Por qué te habrán extraido de allí?)

ADELA. Y hubiera podido casarme antes de ahora, pues conocí á un oficial de coraceros que no cabia por esa puerta, y que bebia... (Tose.)

DOR. ¿Que bebia?

ADELA. Sí, señora; que bebia los vientos por mí.

DOR. ¿Y usted, por lo visto, no le correspondió?

ADELA. Entonces tenia yo otra vocacion. ¡Ay! sí, señora: una vocacion decidida por el monjio; y á no haberme seducido los atractivos de ese pícaro vizconde, hoy seria yo monja recoleta. Pero ese pérfido me hizo concebir tan

halagüeñas esperanzas, y su amor hizo tan profunda huella en mi corazon vírgen é impresionable, que, no lo dude usted, su pérdida le haria estallar de desesperacion.

MAT. ¿Lo ves, mamá? Mejor será despedir á ese seductor antes que haga tambien en mi corazon una huella tan profunda como en el de esa pobre señora.

DOR. ¿Qué sabes tú? Esta mujer chochea.

ADELA. ¿Cómo que chocheo? No, señora: tengo su promesa formal, y la cumplirá por mas que hagan ustedes para distraérmele.

DOR. ¡Señora! Aqui no se distrae á nadie, y bien podia usted conocer que si el señor vizconde la ha dejado para dirigir su culto á otro ídolo, cualquiera en su lugar hubiese hecho otro tanto.

ADELA. No, señora. Ustedes son quienes tratan de catequizarle, pero no saben con quién se las han. Soy capaz de sacar los ojos á los tres antes que consentir que se me burle tan indignamente. (Se abalanza en ademan de hacerlo.)

DOR. ¡Harpia! Fuera de mi casa.—¡Agustin! ¡Manuel! ¿Dónde están esos criados?

MAT. (¡Por Dios, Adela!)

ADELA. (No temas, tonta.) Y á usted tambien, hipocritilla.

MAT. ¡Ay, ay!

DOR. ¡Qué atrevimiento!

CANTO.

¡Á la calle!

ADELA. ¿Á mí echarme?

DOR. Váyase.

ADELA. Qué descortés.

DOR. Fuera al punto.

ADELA. Qué insolencia.

MAT. ¡Pero, madre!

DOR. Salga usted.

ADELA. Ya me marcho, ya me marcho,
pero yo me vengaré.
Yo les juro que esta casa
sin remedio se vá á arder.

Y á la madre, y á la niña,
y á ese pérfido, á ese infiel,
á arrancarles voy los ojos
con mis uñas á los tres.

MAT. ¡Ay madre, qué miedo!
sin ojos, ¡qué horror!

DOR. Descuida, no creas
tan fiero al leon.

ADELA. Venganza prometo,
sangrienta, feroz.
Al verla cercana
no pidan perdon.

MAT. Me llena de espanto
su fiera intencion.

DOR. Á risa me mueve
su loco furor.

—

MAT. ¡Cálmese usted, señora,
cálmese usted por Dios!

ADELA. Estalle ya traidora
la guerra entre las dos.

MAT. Perdon la pido humilde
si en algo la ofendí.

DOR. ¿Quieres callar, Matilde?
(Á Adela.)
¿Guerra nos pide?

ADELA. Sí.

(Cae en un sillon desfallecida.)
Mi pecho con tu amor,
¡qué horror!
dejaste de veneno
lleno.
¡Ay, pérfido Vizconde!
¿dónde
tu ardiente y pura fé
se fué?

—

DOR. (Me dá compasion
su extrema afliccion.)
(Á Adela.) Si el vizconde lo desea
sea
para usted su corazon.

—

ADELA. ¿Es posible? ¡Qué bondad!
MAT. (¿Mas qué esperas?...)
ADELA. (Lo veremos.)
DOR. Al vizconde consultemos,
y hágase su voluntad.

—

(La satisfago
de esta manera,
y de esa fiera
me libraré:
y con la palma
de la victoria
mas alta gloria
alcanzaré.)

—

ADELA. (Ya se humaniza
su alma fiera,
mas aun espera
llevar la prez;
y pues la farsa
pica en historia,
yo la victoria
quiero obtener.)

—

MAT. (Yo no comprendo
qué es lo que espera
de esta quimera
ella obtener;
pero si al cabo
logra victoria,
en mi memoria
la grabaré.)

HABLADO.

DOR. Ahora sabremos... ¡Agustin!
AGUST. ¡Señora!
DOR. Baje usted al jardin á decir de mi parte al señor vizconde que tenga lo bondad de subir.
AGUST. Su excelencia salió hace rato con un militar que vino á buscarle.

ADELA. ¿Un militar? ¿Un cadete tal vez?

AGUST. Creo que sí.

ADELA. ¡Ay! Será el calavera de mi sobrino, que se ha enterado de lo que pasa y que juró vengarme.

DOR. ¡Oh, Dios!

ADELA. ¿Y no ha podido usted enterarse de lo que trataban?

AGUST. No, señora. Sólo he oido que al salir decia muy furioso el vizconde: «Voy por mi espada;» y el militar contestó: «Al pié de la muralla.»

ADELA. ¡Ay! ¡ay! Mis nervios... ¡Ay! ¡ay! (Finge un accidente epiléptico, durante el cual aporrea á Doña Dorotea, que acude á socorrerla.)

DOR. Sujétale esa mano.

MAT. Si no puedo, mamá.

DOR. ¡Ay, caramba! ¡Qué daño me ha hecho!

MAT. ¡Pobre señora!

DOR. Siento haberle dado ese mal rato.

MAT. Parece que se vá sosegando.

DOR. ¡Ay!

MAT. ¿Qué fué?

DOR. Nada, nada. Ya está más tranquila. Mira, componte tú con ella mientras yo voy á saber noticias. (Váse.)

ESCENA X.

ADELA, MATILDE, y luego AGUSTIN y NARCISO.

ADELA. ¡Já, já, já! (Se quita el disfraz de vieja y queda en su primer traje.)

MAT. No seas loca, Adela. En todo esto no veo que hayamos adelantado gran cosa.

ADELA. ¡Eh, tonta! Lo principal es ganar tiempo, y no le será tan fácil justificarse á tu pretendiente, no estando presente doña Epifania Verdolaga y Quintanilla. En tanto damos lugar á que llegue Eduardo y...

AGUST. (Anunciando.) El señor vizconde.

MAT. ¡Ah!

NARC. ¿Dónde está ese fanfarroncillo?

ADELA. ¡Calla! Ahora que le veo: ¿es este el que?...

NARC. ¡Señorita Adela!

ADELA. ¿Con que es usted el señor vizconde de las Puas?

MAT. ¿Le conoces?

ADELA. Un poco.
NARC. ¡Por Dios, señorita.
ADELA. No es usted mala púa.
MAT. ¿Quién es?
ADELA. Un truhan mas redomado de lo que yo creia.
NARC. ¡No me pierda usted, por Dios!
ADELA. Bien, bien: entre usted en ese cuarto, y ya le ajustaré yo la cuenta. (Váse Narciso.)
MAT. ¡Cómo te obedece!
ADELA. Y él que no lo hiciera.

ESCENA XI.

DICHOS y DOÑA DOROTEA.

DOR. ¿Volvió ya en sí?—¿Pero qué veo? ¡Adela! ¿Cuándo has venido, querida?
ADELA. En este instante; y Matilde me estaba diciendo que mi llegada no ha podido ser mas oportuna.
DOR. Sí: mañana la caso con un vizconde nada menos.
ADELA. Sea enhorabuena. ¿Y dónde han hecho ustedes su conquista?
DOR. Aqui mismo, hace dos semanas.
ADELA. ¿Y le conoce usted bien? Cuidado no sea algun tuno...
DOR. Pues: ya te ha infundido mi hija sus ruines sospechas. No hay mas que verle y oirle para conocer al punto...
ADELA. Pues aquí le tiene usted. (Haciéndole salir.)
NARC. (Echándose á los pies de Doña Dorotea.) ¡Perdon, señora!
DOR. ¿Qué significa?...
ADELA. Significa que el señor es Narciso Macasar, aprendiz de mi peluquero.
NARC. (¡Ya pareció el peine!)
DOR. ¿Qué oigo?
NARC. ¡La verdad, señora! ¡La triste verdad!
DOR. ¡Quién lo dijera! ¡Con sus modales y su elocuencia!...
ADELA. Ya: la contínua asistencia entre bastidores le ha hecho aprender cuatro gestos y terminachos que coloca á su antojo.
DOR. ¡Oh! esto no ha de quedar sin castigo.
ADELA. Nada de eso. Y pues manifiesta disposiciones, yo le recomendaré á mi empresario para que le escriture.
NARC. ¡Ah, señorita! Usted es mi ángel tutelar.

MAT. Y el mio.

ADELA. Espero que sí, pues tu mamá consentirá ahora en que te cases con mi buen primo.

DOR. Con mucho gusto.—¿Pero y la vieja del accidente?

ADELA. (Poniéndose las gafas.) Está ya completamente restablecida.

NARC. ¿Y el cadete mata-moros?

ADELA. Se ha portado como un héroe, voto á mil demonios.

DOR. ¡Ah, picarilla! No sé qué recompensa darte por habernos salvado á todos.

ADELA. Mi mayor recompensa es la felicidad de mis amigos.

CANTO.

Gozo infinito sabiendo
que los buenos son felices,
y que los malos se quedan
con un palmo de narices.

—

TODOS. Gocemos todos sabiendo
que los buenos son felices,
y que los malos se quedan
con un palmo de narices.

FIN DE LA ZARZUELA.

Habiendo examinado este zarzuela, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.
Madrid 3 de marzo de 1861.

El Censor de Teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

Madrid en 1818.
Madrid á vista de pájaro.

Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.

Olimpia

Propósito de enmienda.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.

¡Que convido al Coronel!...
Quien mucho abarca.
¡Qué suerte la mia!
¿Quién es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.

Tales padres, tales hijos
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos
Un pollito en calzas prietas
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.

Uno de tantos.
Un marido en suerte
Una leccion reservada
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á cuema ropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
Armas de buena ley.
A cual mas feo.

Clavejina la Gitana.
Cupido y Marte.
Céfiro y Flora.

D. Sisenando.
Doña Mariquita.
Don Crisanto, ó el Alcalde proveedor.

El doctrino.
El ensayo de una ópera.
El calesero y la maja.
El perro del hortelano.
En Ceuta y en Marruecos.
El leon en la ratonera.
El último mono.
Enredos de carnaval.
El delirio (drama lírico)
El Postillon de la Rioja (*Música*)

El Vizconde de Letorieres.
El mundo á escape.
El capitan español.

Juan Lanas. (*Música.*)

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos Flamantes.
La modista
La colegiala.
Los conspiradores
La espada de Bernardo
La hija de la Providencia.
La Roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.

La Jardinera. (*Música.*)
La Toma de Tetuan.
La cruz del Valle.

Mateo y Matea.
Moreto. (*Música.*)

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina:

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.

La Direccion de EL TEATRO se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, cuarto segundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almería	Alvarez.
Avila	Palomares.
Badajoz	Rino.
Barcelona	Hered.ª de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	V. de Moraleda.
Cartagena	Muñoz García.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	García Alvarez.
Cuenca	Mariana.
Ecija	García.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Cañavate.
Mataró	Abadal.
Murcia	Hered.de Andrion.
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Mántaras.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. María	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Meneses.
Sanlúcar	Esper.
Santa Cruz de Tenerife	Power.
Santander	Laparte.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y Comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Pujol
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Moles.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Galindo.
Ubeda	C. Treviño.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	V. de Heredia.